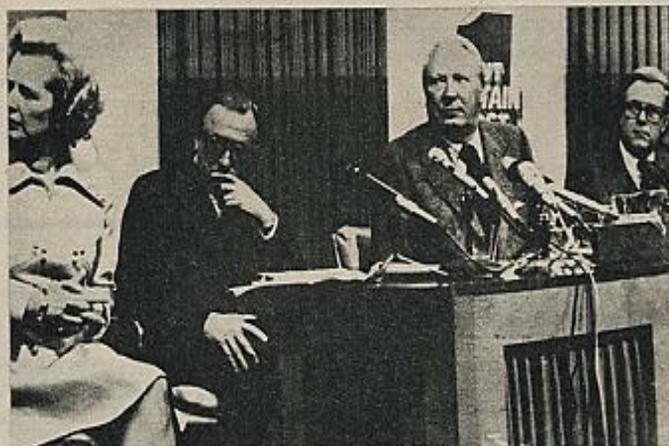


GRAN BRETAÑA: SINDICALISMO Y SOCIALISMO O FASCISMO

CON su único escaño por encima de la mayoría absoluta, el partido laborista tiene la posibilidad de gobernar durante cinco años a Gran Bretaña. Son los cinco años de calamidad prácticamente inevitable que separan al país de lo que se supone que va a ser su renacimiento como potencia de primer orden —dentro de Europa—: la explotación del petróleo descubierto en el Mar del Norte que, con el carbón de Gales, podrá hacer del país el único autosuficiente en energía de toda Europa. El petróleo comenzará a brotar en 1975 en cantidades reducidas para alcanzar en 1990 de 100 a 140 millones de toneladas; se estabilizará después en unos 150 millones por año, para comenzar a disminuir cinco o seis años después y prácticamente desaparecer, agotado, al final de los años ochenta. Tiempo suficiente para contar con las centrales nucleares suficientes para asegurar, después, la energía. Un calendario que muchos consideran bastante optimista: quizá, dicen algunos, la explotación de ese petróleo resulte tan cara como comprarlo fuera; quizá toda su producción no basta para pagar las deudas exteriores que ya se han contraído y que van a ser contraídas en los cinco años de desgracia; quizá la bolsa sea menor de lo que se cree...

LA primera desgracia que ha traído el descubrimiento del petróleo es el nacionalismo escocés. Una fuerza siempre latente, pero ahora acrecentada. El North Sea Oil, o NSO, el petróleo del Mar del Norte, está frente a las costas escocesas; puede ser sólo suyo si se independizan, y esta es una excelente ocasión para recordar, como lo ha hecho el dirigente del partido nacional escocés, William Wolfe, que Escocia es una nación ocupada por los ingleses desde 1707, que paga altos impuestos desde entonces a sus ocupantes y que la pobreza de su sometimiento hace que los escoceses emigren en busca de trabajo a Inglaterra, facilitando mano de obra barata a su «enemigo secular». El «slogan» «Seamos escoceses ricos mejor que ingleses pobres» ha dado resultado, y el partido nacionalista ha ganado escaños importantes en el Parlamento. En el panorama de los cinco años por venir no se descarta un empuje fuerte de los escoceses por su independencia y el planteamiento de una serie de cuestiones nacionalistas: sobre la de Irlanda del Norte, que alcanza los grados de tragedia conocidos, pueden sumarse la de Escocia y la de Gales —con su idioma propio, su riqueza carnara propia, sus costumbres y sus tradiciones—. Esta tendencia al desmembramiento, esta intención de construir un estado federal o confederal, va siendo más aguda a medida que las dificultades económicas van creciendo, y que cada región natural cree que ha llegado el momento de salvarse de ellas. En los programas electorales de los dos grandes partidos figuraban planes espectaculares de desarrollo de la región escocesa (los laboristas ya habían comenzado a hacerlo desde el poder) para apagar, en lo posible, la peligrosa ola nacionalista.



Miembros del partido conservador, derrotado, rodean a mister Heath: Lord Carrington, izquierda, y sir Geoffrey Howe.

PERO probablemente, en este plazo que tiene el nuevo gabinete laborista hasta las nuevas elecciones —si es que llega al final del plazo oficial, si alguna forma de crisis no se precipita antes y obliga a unas elecciones anticipadas—, la política de parches y remiendos, de semimejoras, de arreglos parciales, no podrá tener lugar. Lo que se jugaba en estas elecciones, y por eso no han sido consideradas como históricas, era la opción entre un socialismo avanzado que tendría que llevar a cabo el laborismo o un conservadurismo duro, que correspondería a Heath. Es decir, una opción mucho más clara entre izquierda y derecha, al estilo continental —francés, italiano—, que la moderación habitual y tradicional de los dos partidos, al estilo isleño, suele practicar. Es algo que desborda los cuadros dirigentes de los partidos. El laborismo está inevitablemente entregado al sindicalismo. El conservadurismo recibe apoyos y fuerzas de lo que podemos llamar fascismo, aunque la palabra en el contexto discreto y el eterno «understatement» de las expresiones británicas suene a herejía nacional, tanto o más que la palabra comunismo. Pero las dos suenan continuamente, ahora, en Londres.





Los sindicatos han dirigido a sus afiliados hacia el laborismo como consecuencia del «pacto social». Ha sido realmente la base electoral de Wilson. Todo ello debe forzar al primer ministro a hacer una política realmente audaz, a saltar por encima de las opiniones de los moderados y a tomar medidas realmente radicales.

El laborismo, como se sabe, tiene una base en el sindicalismo: su mismo nombre lo indica (debería ser traducido al castellano por «trabajismo», palabra más exacta, aunque cacofónica), y las Trade Unions, los sindicatos, forman parte de la asamblea anual que elige el cuerpo gobernante, el Ejecutivo Nacional, del partido. Pero el laborismo es también algo más. En los sindicatos sólo está encuadrada aproximadamente la mitad de la población activa británica, y el partido recoge también delegados, afiliados o votantes de la otra mitad: de una opinión simple y vagamente izquierdista que por convicciones, nacimiento o espíritu de clase se enfrenta con los conservadores. Hay quien ha llegado a considerar que el laborismo es una argucia del «establishment» o clase rica dominante para contener precisamente a los sindicatos: su papel sería el de entregarle ventajas y concesiones astutamente calculadas, que parecen mucho, pero que están muy dentro de lo posible y lo cómodo. Realmente, las veces que el laborismo ha gobernado —incluso esta última etapa anterior a las elecciones— ha sido así, o ha parecido así. Mister Wilson es todo menos un revolucionario. Pero a partir de 1964 —el primer gobierno de Wilson— el sindicalismo ha ido tomando fuerza, en el exterior y en el interior del partido. El ala izquierda y radical del sindicalismo era una oposición tradicional; ahora ha accedido al poder. Jenkins, Slater, Ken Gill, representantes de la izquierda sindical, forman ahora parte del consejo general elegido en el último congreso sindical nacional: la derecha les llama «los comunistas» (sólo uno lo es en realidad, Ken Gill). Fueron las huelgas y la actitud firme de los sindicatos los que derribaron del poder a los conservadores en las elecciones del mes de marzo, más que la débil personalidad de Wilson y la inconsistente propaganda del partido laborista. Para la derecha, en estos últimos diez años el sindicalismo británico ha tomado tal poder, que excede al del Parlamento y rige la vida nacional a partir de las relaciones sociales, y derriba y coloca gobiernos. Incluso éste: los sindicatos dieron por primera vez la consigna a sus afiliados —hasta ahora el voto era libre, teniendo en cuenta la diferencia de opiniones políticas de los afiliados— de votar a los laboristas. Muchos prefirieron la abstención, y por ello ha sido ésta tan amplia en las elecciones, a pesar de su carácter histórico; se calcula que con una abstención menor, equivalente a la media de elecciones anteriores, los laboristas habrían obtenido, quizá, cuarenta escaños más en el Parlamento.

Los sindicatos han dirigido sus afiliados hacia el laborismo como consecuencia del «pacto social»: un acuerdo por el cual el laborismo se compromete a conservar el nivel de vida de las clases trabajadoras mediante la mayor imposición a las clases ricas, y por una regulación relativa de los precios, a cambio de que los sindicatos no reclamen alzas de salarios y replieguen su política de huelgas. Ha sido realmente la base electoral de Wilson. Pero dentro del sindicalismo, la tendencia de la izquierda denunciaba ese pacto social: tanto por su carácter de «contención», en el sentido antes expresado, como por su posibilidad de dejar a los patronos «en condiciones de hacer lo que quieran» (Ken Gill). Finalmente, estos disidentes de la izquierda se sumaron a la mayoría favorable al pacto social «por no romper la unidad sindical». Y por una posición política importante: si el gobierno es incapaz de cumplir las bases del pacto social, si el nivel de vida se deteriora, serán ellos los



El líder de los liberales, Jeremy Thorpe, con su esposa, en el colegio electoral de Coberton, donde depositó su voto.

que hayan tenido razón, y tener razón cuando se ocupan puestos en el consejo general es muy importante.

Todo ello debe forzar a Wilson a hacer una política realmente audaz, a saltar por encima de las opiniones de los moderados de su partido y a tomar medidas realmente radicales. Y no sólo eso, sino la autenticidad de la situación económica, con unas amenazas muy reales de extensión del paro, una balanza comercial desastrosa, una bolsa hundida, una inflación del veinte por ciento, una región en rebeldía —el Ulster—, que lleva su acción de violencia hasta el propio Londres, unos nacionalismos crecientes en Escocia y Gales, una industria dependiente del petróleo adquirido en el exterior en las condiciones que se conocen... La única respuesta de Wilson podría ser la del socialismo auténtico: una ola de nacionalizaciones y de colectivizaciones. Por eso se espera con enorme interés la política gubernamental en los seis meses por venir, en los cuales tiene que cambiar todas las bases económicas y de relaciones sociales del país, si no quiere perder la apuesta del «pacto social», si no quiere que los sindicatos rompan con el partido y lancen una nueva ola de huelgas. No parece que mister Wilson tenga esa audacia, ni mucho menos el carácter revolucionario —dentro, como se dice, de un orden— para cambiar de tal modo la situación. Puede temerse, incluso, que lo intente y le salga mal.

La respuesta de la derecha a la situación es la de un parafascismo. La palabra sigue siendo «shocking» en Gran Bretaña. Sigue creyéndose que la tradición liberal y democrática del país la aparta para siempre de ello. Es un error de bulto. En la tradición británica hay algo más que un episodio, un largo período histórico, en el que se prefiguró el fascismo moderno: el gobierno de Oliver Cromwell, a mediados del siglo XVII (es ▶

GRAN BRETAÑA

curioso, estudiando aquella historia, ver la identidad de sistemas del Protector con los que luego serían las del Führer y el Ducé, salvando, naturalmente, las diferencias propias del tiempo. Por otra parte, Gran Bretaña no se ha abstenido nunca de emplear el fascismo exterior (el imperialismo, y no ya en Ultramar, sino en Irlanda) como para ser enteramente ajena a esos métodos. Se ha hablado ya en esta revista, y en otros lugares, de lo que son las nuevas organizaciones, como la Civil Assistance, del General Walker, o la GB 75 (Gran Bretaña en 1975, el año que viene), del Coronel Stirling. Pueden no ser más que anécdotas en la historia, como lo fue la organización de Sir Oswald Mosley, pero sus programas prenden en mucha gente. Levantan un fuerte movimiento nacionalista contra las amenazas de secesión de Gales, Ulster y Escocia; definen el poder sindical como una vía para el comunismo; insisten en que lo que defienden es la democracia, que se ha perdido por la acción sindical; pretenden que las costumbres se han deteriorado hasta la corrupción que presidió los últimos tiempos de la caída del imperio romano (y su descripción, el «Decline and fall» de Gibson, es un clásico que los ingleses cultos se saben de memoria), y creen que la revolución roja está a la vuelta de la esquina. Es preciso insistir en que un gran número de británicos creen firmemente estas ideas, y lo que les pueda separar ahora de esas asociaciones es su relativo pintoresquismo. El fascismo posible viene de otras fuentes, más intranquilizadoras, para las cuales estas organizaciones de extrema derecha no son más que un prólogo. Viene del propio partido conservador, que tiene un ala derecha que les impulsa hacia delante en el mismo sentido que los sindicatos impulsan al partido laborista. Algunos ven en Enoch Powell ese futuro protector o dirigente fascista: Enoch Powell se separó del partido conservador por considerarlo demasiado blando, y se ha presentado a estas elecciones por el partido unionista del Ulster. Enoch Powell se ha distinguido por su racismo —contra los «británicos de color», los ciudadanos de la Commonwealth—, por su odio al extranjero —los trabajadores inmigrados—, su aislacionismo —negativa al Mercado Común— y su visión económica favorable al gran capital y a la burguesía media contra la «opresión sindical». Aun dentro del partido conservador del que se separó, Powell cuenta con un elevado número de simpatizantes, que ven en él a una especie de Churchill, que supo saltarse por encima todas las reglas de la democracia cuando «convino al país» (y la celebración del aniversario de Churchill se ha utilizado en muchos casos para ensalzar el «poder de un hombre solo» y la «estirpe de los salvadores»), y cuenta con el favor de la clase media, muy extensa en Gran Bretaña: la clase media, que se siente aplastada entre el gran capital (sus precios) y la clase obrera (sus huelgas). No olvidemos que de las clases medias y de su vocación por la ley y el orden han salido los más crueles fascismos europeos. Dentro del mismo partido conservador está George Rippon, ex ministro conservador, miembro destacado del partido, que proclama la cruzada por «la libertad, la ley y el orden» (la libertad se refiere siempre, en estos casos, a la acusación de totalitarismo, o de comunismo, de la izquierda y de los sindicatos), que indica que «el enemigo» «espera destruir nuestra sociedad libre, buscan zapar, y luego destrozar, el espíritu de servicio voluntario, el espíritu de independencia, el espíritu de iniciativa», y que asegura que «un gobierno conservador debe suministrar un número adecuado de reservistas (civiles, dispuestos a ayudar al ejército en un caso de necesidad contra el «enemigo interior»), reformar los Territoriales (milicia civil) y la policía, y crear un cuerpo de reserva de ciudadanos voluntarios para la defensa interior y para efectuar tareas en relación con los poderes civiles», aunque añade después que todo esto debe ser realizado «por medio del Parlamento» (naturalmente, por un Parlamento dominado por una mayoría del mismo pensamiento).

SI N llegar a esos extremos, el partido conservador hubiera realizado una política autoritaria si hubiese ganado las elecciones y se hubiese enfrentado con el desafío sindical. Las ha perdido, y en la oposición no le queda más recurso que radicalizar aún más esa posición. Va a presentar los cinco años malos venideros como un fruto del socialismo, como una caída de la democracia. Y todo dependerá de lo que vaya sucediendo.

UN gobierno fascista al estilo de los que hemos conocido en Europa, con asesinatos y genocidios, con amplios campos de concentración, no parece posible en Gran Bretaña, y parece extremadamente difícil en otros países, aun en los apasionados del Sur, que cultivan con ferocidad sus viejos recuerdos y practican la bomba y la metralla con facilidad, como en Italia. No es la tónica del momento. Pero un gobierno de extrema derecha, autoritario, retractor de las libertades públicas y de los instrumentos parlamentarios (maquillados, disfrazados), una colaboración del ejército —que en Gran Bretaña es fuertemente conservador, porque es todavía imperial—, flagelador de las costumbres, e incluso capaz de alguna medida de violencia, no está desestimado para el futuro británico.

ESTÁ realmente ese futuro en manos de mister Wilson, o los acontecimientos le exceden ya y va cabalgando detrás de ellos, siempre con retraso? Habrá que verlo en los meses muy inmediatos. No tiene tiempo para más.

Los CoNteM poRa nEoS

"Esta mañana me he encontrado viejo por primera vez", dijo el pobre amigo. Le miré más atentamente, y, en efecto, había "dado el viejazo", como dicen en México; está uno durante años conteniendo al terrible viejo de dentro, y un día, una noche, nos coge descuidados y se apodera de nosotros. Sale a la superficie. El viejo de mi amigo estaba todavía sin hacer del todo, un poco crudo. Era apenas una sombra verdosa que se transparentaba bajo la piel del joven, una oscuridad en torno a los ojos, menos brillantes que el día anterior; una forma especial de caerle la ropa sobre el cuerpo. "¡Todavía estás a tiempo! ¡Vuelve atrás!", le dije sin pensarlo. Una tontería. Esas cosas sólo se les ocurren a los poetas, gloriosos por su irrealidad tonta —"O, temps, suspends ton vol"— y a los políticos de la derecha. (¡Cuántos "jóvenes escritores" políticos de otros tiempos han dado el viejazo en estos días! ¡Qué mal se resignan, los pobres compañeros, cómo el viejo interior se les vuelve energúmeno y amenazador, porque tratan de acogerlo y no dejarle salir fuera a vivir la vida serena que le corresponde!)

"No hay vuelta atrás —sonrió el amigo—, porque el tiempo no es una elipsis ni una espiral, como cree Priestley o como creía Priestley cuando era joven. El tiempo no es 'una abstracción en la mente de Dios', ni una ecuación de Einstein. No valen paradojas, ni imágenes literarias, ni juegos teatrales. Es todo mucho más sencillo. El tiempo es uno mismo y su vejez. Uno, a solas con su vejez.

"El problema —prosiguió— está en convivir con el Viejo. No hay que tratar de ahogarlo. Hay quien se droga para matar al Viejo. No quiero decir tomar, fumar o aspirar nada, sino

simplemente que el cuerpo produzca sus propias anfetaminas. Entonces se te levantan delante unas imágenes exteriores; comienzas a imaginarte que el mundo no es el que es, sino el que era antes. Es una trampa. No sirves ya para la vida. La única manera de conciliarte con la vida es

saber que eres viejo y que el mundo es otro. 'Ancho y ajeno', como decía Ciro Alegria. Sobre todo, ajeno".

"Pero el mundo envejece contigo, y te acompaña...". "Sí, pero sólo si lo aceptas y no te drogas. Sólo aceptando tu propio Viejo puedes llegar a no perder la plasticidad. La vejez negativa consiste en eso: en la pérdida de la plasticidad. En una especie de rigidez mental, en una esclerosis de las facultades de adaptación. En una ira profunda cuando ves que ha llegado la época de los otros, el momento de los otros, los amores de los otros...".

"Y ¿todo esto lo has aprendido en un día, desde que has descubierto esta mañana, en el espejo, la sombra azul de la vejez?". "No. Llevo demasiado tiempo aprendiéndolo en los demás como para no ser capaz de aplicármelo instantáneamente a mí mismo. Ahora es un buen momento para observar, un buen país para aprender. Mira cuántos Peter Panes en torno tuyo. ¿Te acuerdas del Peter Pan de J. M. Barrie? ¡El niño que no quería crecer! Y se quedó para siempre sin Wendy, su compañera; que creció, creció... Y un día se casó con otro, mientras él seguía jugando a piratas... Lee los periódicos: en cada uno encontrarás dos, tres peterpanes, empujados en no crecer, y en que el tiempo de su juventud se quede fijo, inmóvil...".

¡Pobre amigo! Demasiada literatura, demasiados periódicos, demasiados espejos...

POZUELO